

# RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, junio de 1956

Núm. 1048

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción  
Cada 5 números mensuales,  
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988  
GIJÓN

## ¡No nos separaremos nunca!

El delante, ella detrás, anduvieron todo el pasillo sin hablar una palabra.

Tenía ella miedo de preguntar, y él no se atrevía a deshojar con su fría palabra de médico aquella flor de esperanza que aún se abría tímida.

Al llegar a la puerta de la habitación, y adelantándose como para abrirla, murmuró ella al fin:

—¡Doctor!...

Y él, angustiado ante la congoja de la joven, poniendo en su frase todo el afecto que siempre, desde que era niña, le había prodigado, no supo más que decir:

—¡Pobre Cecilia!

—Luego... ¿no hay remedio?—preguntó ella, en los ojos brillándole las lágrimas.—Luego...

Y temblaba ante la palabra fatal.

Mas al fin la dijo:

—¡Luego se muere!

Y ante el silencio del médico, silencio que desvanecía por completo toda ilusión, repitió fuera de sí por el dolor:

—¡Se muere!...

—¡Cecilia, no desesperes!... Acaso a la tarde haya mejoría...

—¿Lo cree usted?—interrogó ella ansiosa.—Dígame que la habrá, dígame!...

—¿Y si no hay?...—exclamó él tristemente, tomándole las manos.—Vamos, niña, sé fuerte como siempre lo has sido. Que Pablo no te vea llorar... Mira de que se prepare...

—¡Se muere, pues!—tornó ella a decir con mortal desaliento.

Se fué el doctor, y Cecilia buscó un refugio.

Y el refugio en aquella hora de inmensa desventura no podía ser otro que los pies crucificados del que agotó hasta las heces el cáliz del dolor. Y apoyada la frente en ellos, dejando libre el curso de las lágrimas, pidió Cecilia fuerzas, consuelo, luz, un rayo de esperanza, una palabra de salud, una mirada tan sólo, una mirada de aquellos dulces y compasivos ojos a cuyo suave fulgor se cubrían de flores blancas todas las espinas de la vida.

Y Jesús la miró...

Y Cecilia vió lucir ante ella, como si entonces mismo se encendiesen, las antorchas todas del día de su boda, con sus llamas alegres y locas, que prometían felicidad eterna, que parecía que jamás se

habían de extinguir... Y oía las risas de los convidados, y los deseos de que su dicha nunca se acabase.

Y sentía la armonía de los grandes órganos del templo, empujándola a ella, feliz novia, por un camino resonante en himnos de ventura... Y se veía así misma, temblorosa de emoción, pálida bajo la blanca nube del velo de desposada, palpitante de amor junto al que iba a ser para siempre su esposo, su señor, su vida entera... Y entre los resplandores de aquel día azul, y la blancura de las sedas y de las gasas, y las risas de los convidados, y las canciones de boda, y las frases de enhorabuena, escuchaba absorta la voz querida que le murmuraba al oído: «No nos separaremos nunca...» Y ella repetía: «Nunca...» «Ni aquí ni allí», decía él, entre sonrisas, le había hecho una proposición extraña, donosamente peregrina en aquel día claro y feliz: Y si yo muero antes, tú me advertirás de la partida... y si eres tú la primera en emprender la marcha, seré quien te hable de ello... Porque, ya me entiendes, quiero que nunca jamás nos separemos...

Pues bien; la hora triste, la hora de la separación había llegado; la hora que parecía tan lejana cuando él, el día de la boda, le hablaba de partir... Y llegaba pronto, demasiado pronto, a los pocos meses de haberse jurado los dos fidelidad ante el altar, cuando todavía se habría ante ellos la vida con todos sus encantos, cuando, apenas enlazadas las manos, comenzaban, a recorrer la senda venturosa... ¡Oh, muerte, espera, espera un poco más, deja que las flores de los desposorios empiecen a marchitarse; deja que los años destilen amarguras que te hagan deseable; deja que la corona de los hijos brille en el hogar!...

Y Cecilia, abrazada a los pies llagados, seguía murmurando:

—¡Señor, una palabra de salud, un rayo de consuelo, una mirada!...

Y Jesús la miraba, la iba haciendo fuerte en el dolor...

Hizo una seña a las personas que había en el cuarto del enfermo para que saliesen de allí, y una vez sola, entornó los postigos del balcón y se acercó a la cama.

—¡Cecilia!—murmuró la voz doliente—¿por qué has cerrado?... Quiero luz...

Ella no quería que viese él la huella de sus lágrimas.

Abrió, y volvió junto al lecho.

—Has llorado—dijo él.

Ella no supo qué contestar. No fingió nunca. E inclinaba hacia el esposo su rostro joven, bello, contraído por la angustia.

El la miraba fijamente con ojos avizores, tornó a decir:

—Has llorado... No me lo niegues...

—He pensado en lo felices que éramos...—suspiró ella—en lo felices que podíamos ser...

—¿Qué ha dicho el médico?—interrogó él de pronto.

—Que acaso esta tarde estés mejor—dijo ella sin poner empeño en su frase.

—¡Mejor, mejor!—repitió el incrédulo.

Hubo un corto silencio, el preciso para que en el alma del enfermo resonase muy quedo la llamada definitiva; el preciso para que los oídos de Cecilia oyesen de nuevo la frase del día dichoso: «Si yo muero antes, tú me advertirás...», y la frase del doctor: «Mira de que se prepare»

Y emprendió resuelta el camino marcado por las voces.

—¡Pablo!—gimió—¿te acuerdas del día de nuestra boda?...

—¿Como olvidarlo?—contestó él.

—¿Te acuerdas de cuanto hablamos aquel día?

—De todo, afirmó él tras de pensar un poco

—¿De todo, de todo?—preguntó ella avanzando animosa.

—De todo, mi Cecilia—contestó resueltamente él.

—¡Pablo, no nos separaremos nunca!—exclamó ella. Y calló.

Desfallecía, vacilaba, no sabía ni sabría nunca encontrar palabras con que velar la fatal nueva.

Pablo comprendió, comprendió con clarividencia de agonizante. Y con el ánimo que Dios da en esa hora a los que ama, abordó de frente la cuestión.

—No, Cecilia, no nos separaremos nunca... Y cuando esté para morir, tú me lo dirás, tú misma; porque tú sabrás decirme... ¿Ha llegado ya el momento?... Di, vamos, no temas; ¿debo de prepararme?...

El rostro de Cecilia se abatió hasta el rostro del esposo, y allí, junto a su oído, con lágrimas calladas, murmuró:

—¡Sí, Pablo, prepárate!...

Levantó él los brazos, se enlazó a los de su mujer, la miró transportado de amor, habló:

—Desde el día en que nos casamos has sido tú siempre la que te has apoyado en mi brazo, y en él has buscado fortaleza y

sostén y cariño... Así hubiéramos caminado largos años... Dios no lo quiere... Mas ahora, en este día de separación, para sortear el paso temeroso, para poder arribar con bien a la región misteriosa que me espera, soy yo quien necesito de tu brazo esforzado de cristiana, de tu brazo de esposa... Dájame que me coja a él... Soy débil, soy como un niño, tengo miedo... Sostenme, no me dejes; ayúdame en la marcha, que quiero morir bien; que quiero que nos encontremos allá.

Y la dulce mirada de Jesús ponía un reflejo de paz y de esperanza en la hora terrible que pronto llegaría.

J. LE BRUN

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Pentecostés, la Eucaristía, el Corazón de Dios... que tanto ha amado a los hombres.

Los acontecimientos de amor se suceden precipitadamente.

En espacio de muy pocos días, la Iglesia celebra tres acontecimientos de un amor extraordinario de Dios para con nosotros.

Envía al Espíritu Santo para que la gracia ilumine sus inteligencias y les dé unas fuerzas sobrenaturales grandiosas que harán brotar por todas partes con fuerza arrolladora la semilla de su doctrina.

Días después, la Iglesia, celebra el gran milagro de amor de la Eucaristía. Dios quiere estar con nosotros, en contacto con nuestros corazones, quiere seguir llenándonos de su fuerza y de su gracia y consuelos... y se queda para que podamos vivir la vida sobrenatural con la felicidad que El concede a las almas que viven en su gracia.

Y luego, contemplamos el corazón de Dios que nos ofrece la salvación eterna con un exceso de amor para con los hombres. Sus brazos están abiertos siempre para recibir a santos y pecadores arrepentidos. Siempre fácil al perdón y a la misericordia.

¡Ciegos!... ¿no lo veis? El quiere salvarnos a toda costa.

Y efectivamente. El tiene un gran empeño en que salvemos nuestra alma. Nos da toda clase de facilidades y de ocasiones que muy ciegos o perversos tenemos que ser para no caer atormentados de amor en sus brazos y entregarnos a El atraídos por la inmensa fuerza de su amor.

Vivimos rodeados de comodidades para ejercer nuestras prácticas religiosas. Todas las devociones son atendidas con el mayor esplendor y facilidades de todo género. Ningún obstáculo se opone a nuestros actos religiosos, ni siquiera padecemos en estos tiempos la burla ni la ironía de los demás por el ejercicio de los actos externos de nuestra fé. Todas son comodidades para vivir una vida en estrecho contacto con Dios.

Tal vez el exceso de comodidades nos origine alguna frialdad en nuestros actos de piedad, pero, hemos de hacer un esfuerzo para darnos cuenta del aconteci-

miento que semanalmente presenciamos en el acto de la Misa. Con ese acto se reproduce nuevamente el mismo sacrificio del Calvario. Somos espectadores de aquel acontecimiento. El sacerdote es en ese acto de la Misa un ser secundario. El único verdadero sacrificador es Cristo, que está presente y renueva su muerte ante nosotros. Por la inmolación misteriosa que en la Misa se celebra, el sacrificio del altar tiene el mismo valor y la misma eficacia que el sacrificio de la cruz, por el cual se satisfacen las deudas debidas por nuestros pecados y obtenemos las gracias que necesitamos. La celebración de una sola Misa, dice San Juan Crisóstomo, vale tanto como la muerte de Cristo en la cruz.

Tú, mortal, que oyes la Santa Misa, participas de su gran eficacia.

Nuestro Señor Jesucristo, por su única oblación del Calvario, consumó la obra de la salvación del mundo, y a nosotros se nos aplica, ya que entonces no existíamos, por el sacrificio del altar.

Y es tan personal ese gran sacrificio de Dios en el Calvario, que podemos considerarlo como dedicado a cada uno de nosotros especialmente. Decía San Juan de Jerusalén a su pueblo: «Pensad, que para cada uno de vosotros en particular se ha levantado ese altar como un tribunal de gracia.

Eso significa el Santo Sacrificio de la Misa, que si oímos con indiferencia, somos unos ingratos que rechazamos el perdón y la gracia inmensa del sacrificio que estamos presenciando, sin darnos cuenta de que allí, Dios mismo, está renovando su muerte y sus dolores, para conseguir nuestro perdón.

Excesos de amor tan grandes no podemos contemplarlos con indiferencia porque en ello va nuestra salvación eterna. Y El... quiere salvarnos a toda costa.

«He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, y en pago no recibe sino ingratiudes y desprecios».

R.

## La vida y educación en los colegios

Ni puede ni debe pasar inadvertido a los educadores cristianos el discurso que el Papa dirigió el pasado día 20 a profesores y alumnos del Instituto Nacional Masculino de Roma. Está lleno de precisas y preciosas normas para educadores y educandos. Nos fijamos hoy en las que atañen a los primeros, y más concretamente a los que desempeñan su función formativa en internados.

Pío XII no ha empleado circunloquios. Examina con plena objetividad las ventajas e inconvenientes de la vida colegial o en común y no le duelen prendas al reconocer que aun en los colegios católicos se está muy lejos de haber llegado al ideal que la pedagogía científica y la netamente cristiana exigen. Tal su afirmación—desgraciadamente comprobada y motivo de no pequeña preocupación por parte de todos, también en nuestro país—de que no pocos jóvenes educados en colegios católicos «descuidan al volver al seno de

la familia los deberes más elementales del cristiano, como la asistencia dominical a la santa misa». Atribuye el Papa el fenómeno, sin duda desconcertante en buena ley pedagógica, al exceso de celo de los educadores en materia de piedad, que no se supo atemperar a una elemental regla de moderación. En otras palabras, se cargó tanto a los alumnos durante su vida de internado de prácticas y ejercicios piadosos—a veces, dice Pío XII, ni siquiera propios de un seminario—que, por exceso, lograrse el efecto contrario, es decir, que esos jóvenes lleven casi toda su vida como un peso en el alma el tedio de un mecanismo de oración y devociones que llegó a hacerse insoportable. Falta, en definitiva, de medida y tacto, principio elemental de pedagogía, e inconveniente de una uniformidad, que se convierte en rutinaria, con merma o ahogo del impulso personal. Lo que, unido a un inflexible urgir de la letra del reglamento, fomenta la hipocresía y termina por llevar a los fuertes de carácter a la rebeldía y a los tímidos a la intraversión o pusilanimidad.

De ahí que rechace el Papa la educación llamada de masa, en la que se comete la injusticia de medir a todos por el mismo rasero, sin atención a las peculiaridades insoslayables de cada muchacho y a sus propias cualidades caracteriológicas y temperamentales. Lo que hará que, carentes del sentido de responsabilidad personal, sean en su mayoría «arrastrados casi inconscientemente por el mecanismo de los actos a un puro formalismo, tanto en el estudio como en la disciplina y en la oración». Pero esto es atentar contra una ley de vida, cual es: que los niños nunca son iguales uno a otro, «ni por inteligencia, ni por carácter, ni por las otras cualidades espirituales».

Por ello, dice el Papa, «ha de evitarse en todo caso aquella agrupación común demasiado uniforme, que somete a veces a un centenar de colegiales, diferentes incluso por edad, a estudiar, a dormir, a comer y a jugar en un único edificio, con un horario único, bajo un mismo reglamento».

Salvados estos peligros de la vida en común, no cabe duda de que ésta puede contribuir poderosamente—y serán sus principales méritos—a desarrollar la conciencia del deber en la disciplina y en la precisión de métodos y hábitos para una vida ordenada dentro de un sentimiento de propia responsabilidad.

Una meta y un ideal que todos quisiéramos ver ya logrados en tantos y tantos beneméritos colegios españoles por cuyas aulas pasa la inmensa mayoría de nuestros muchachos.

(De la revista, «Ecclesia»)

## Sangre ante el Sagrario

La ciudad de T... está dormida. La noche es oscura. Ni un rayo de luna, ni siquiera el tenue fulgor de una estrella.

La noche avanza; aun los más traspasados se han recogido ya.

Y no obstante, si se pudiera distinguir en las tinieblas se vería en el ca-

llegón contiguo a la iglesia deslizarse dos sombras rápidas, mudas, sin hacer el menor ruido; se dirigen hacia una de las puertas de la iglesia; allí se detienen, se desembozan y en sus manos aparecen las herramientas que llevan para forzar la puerta; buscan la cerradura. Un ruido continuo se deja oír, tan pronto sordo como agudo. La madera se rompe, el hierro se dobla, la entrada de la iglesia está libre...

Llevan una linterna. Su mustia luz se proyecta sobre el rostro de mirada siniestra de los dos hombres.

Sus ojos investigadores, acostumbrados a la noche, exploran la inmensa nave, por la que avanzan guiándose por el punto luminoso de allá abajo, por la pequeña lámpara del Sagrario; hacia allí es donde se dirigen.

El que va delante se detiene ante la balaustrada de hierro forjado que separa el coro de la nave. Apenas tiene veinticinco años; desconoce el miedo; sin embargo, el silencio majestuoso que le rodea, las estatuas que le parecen jueces sobre un pedestal de mármol; todo le asombra y le sorprende. Se para... De pronto a su inteligencia, acostumbrada a discurrir maldades, vienen vivos recuerdos. En un momento recorre toda su infancia olvidada; vuelve a ver a su madre, la humilde y santa mujer, inclinada todo el día sobre su labor en su pobre aunque limpia bohardilla. Entre los días dichosos de este tiempo, hay uno que se destaca sobre todos y es el de su primera Comunión. Una aristocrática señora del barrio le vistió de pies a cabeza y le puso hermoso como un Príncipe. Era de la edad de su hijo el pequeño Conde de B... su compañero de iglesia. Aquellas gradas que tiene delante le recuerdan que sobre un escalón semejante se arrodilló en aquel tiempo dichoso. Ve al sacerdote que descendiendo del altar con el Copón de oro en la mano se dirige hacia él. Bajo la sabanilla bordada se rozaba su mano con la del Conde, y los dos, el hijo del obrero y el hijo del aristócrata, recibieron, igualmente bellos, igualmente puros, al Dios de amor. El ahora, deshonrado y despreciado, buscado por la policía y arrojado de la sociedad, había tenido delante del altar su gran día, su fiesta magnífica, Dios... ¡Ah! Había olvidado lo que de El decía su Catecismo; pero bien sentía que Dios era para él su madre, y recordó aquella infancia ideal y lejana, como también su hermosura de joven inocente y bueno.

En aquel tiempo se llamaba Andrés Gerbois, pero ¡hay! este Andrés murió con su madre.

Sólo quedaba *Hardi*, como le llamaban sus compañeros de pillaje, cuando a los quince años comenzó con ellos su vida de infame.

Toda la policía de París conocía su filiación, así como también la de *Marteau* su «maestro» y «compañero».

*Hardi* y *Marteau* habían cometido toda clase de crímenes, pero era la primera vez que iban a una iglesia.

El desgraciado *Hardi*, entregado a estos recuerdos titubea. *Marteau* que

le ve en ese estado le dice de un modo brutal:

—¿Qué haces? ¡Anda ya!

El otro, súbitamente resuelto responde:

—Vamos entonces a los cepillos.

—¿Cómo? Para coger algunas peras? ¿Estás loco? Allí dentro es donde está la hucha. Ya iremos luego por los demás.

*Marteau* señalaba el sagrario; a *Hardi* le dió un vuelco el corazón. No, jamás, consentiría que esta dorada puerta fuese abierta para llevarse a cabo el robo proyectado.

Jamás el tocaría el Copón de oro donde está encerrado el Dios bondadoso de su primera Comunión.

Se entabla una disputa. Ni uno ni otro ceden. El furor de *Marteau* aumenta por momentos. *Hardi*, colocado al pie de la balaustrada parecía el guardián del templo. *Marteau* se echa sobre él, le atropella y sacude con furor las puertas de hierro. Estas se abren rotas. El ruido resuena en las bóvedas, repercute detrás de las columnas en el fondo de las capillas. Se diría que las estatuas, animándose de repente, han lanzado su anatema contra el sacrilego.

Pasado un instante, *Marteau*, se dirige hacia el altar, pero *Hardi* se adelanta a él y le dice:

—No tocarás nada de eso, no tocarás a Dios. Todo menos esto. *Yo he hecho la primera Comunión* y esto no se olvida...

El otro contestó con un torrente de injurias y blasfemias.

*Hardi* prosiguió: es cierto que soy un canalla como tú, pero moriría si es preciso *por defenderle*.

Los dos se miraban fijamente. *Hardi* se colocó al pie del altar con sus fuertes puños prohibiendo la entrada. *Marteau* se pone rojo, echa espuma de rabia, se arroja sobre su compañero, convertido ahora en contrario. La linterna cae rodando y se apaga. En una obscuridad casi completa, los dos hombres riñen cuerpo a cuerpo. Su fatigoso aliento se confunde, sus fuerzas son iguales.

Poco a poco sus músculos cansados por los esfuerzos se debilitan. Sus pechos respiran fuerte. Los rivales más parecen dos hermanos que dos enemigos; de tal modo estaban abrazados.

¿Qué importa, si se ha conseguido el fin? Los dos están extenuados, pero *Hardi* sabe que vencerá y que el otro no puede dar un paso. Entonces como si *Marteau* hubiese sentido un triunfo mudo, una infernal idea le da mas fuerza. Ligeramente como la luz se desembara del otro, saca un puñal, lo levanta amenazador... lo hunde en el pecho de su contrario. *Hardi* solloza, balbucea: ¡cobarde...! ¡cobarde...! pero no cae, no retrocede.

Como lejano y débil rayo de estrella, la lamparilla brillaba apenas, allí cerca en su vaso de un rojo pálido. Cuando *Hardi* la miró por última vez parecióle que tenía a su madre allí delante de un esplendoroso lugar tendiéndole amorosamente los brazos.

## Boda en Primavera

Por las flores proclamado rey de una hermosa pradera un clavel afortunado dió principio a su reinado al nacer la primavera.

Su voluntad poderosa porque también era uso, quiso una flor para esposa y regimiento dispuso elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley, y porque causa delicia en la numerosa grey, pronto corrió la noticia por los Estados del rey.

Y en revuelta actividad cada flor abre su arcano de su fecunda beldad por prender la voluntad del hermoso soberano.

Lujosa corte brilla; el rey admirado duda, cuando ocultarse sencilla vió una tierna florecilla entre la hierba menuda.

Y por si el regio esplendor de su corola le inquieta, pregúntale con amor:

—¿Cómo te llamas?—Violeta—dice temblando la flor.

—¿Y te ocultas cuidadosa, y no luces tus colores violeta dulce y medrosa, hoy que entre todas las flores va el rey a elegir esposa?

Siempre temblando la flor aunque llena de placer, suspiró y dijo:—Señor, yo no puedo merecer tan distinguido favor.

El rey, suspensor, la mira y se inclina reverente; tanta modestia le admira; su blanda esencia respira, y dice alzando la frente:

Me depara mi ventura esposa noble y apuesta; sepa, si alguno murmura, que la mejor hermosura es la hermosura modesta.

Hubo magníficas fiestas, ambos esposos se dieron pruebas de amor manifiestas, y en aquel reinado fueron todas las flores modestas.

Cerca de las cuatro y media llegó el sacristan para tocar el *Angelus*. Prestó atención... ¿Sería una silusión...? Parecía que alguno gemía y que este gemido iba corriendo a lo largo del templo, cual brisa en el campo de la muerte. Siguió escuchando; el ruido venía del presbiterio de la iglesia.

Se adelantó, y en la obscuridad de la iglesia vió extendido a lo ancho de las gradas del altar el cuerpo de un hombre.

Corrió a la sacristía para dar la señal de alarma. Un sacerdote vino en seguida. Como si el moribundo esperase esta suprema visita, sus ojos ya vidriosos por la muerte se abrieron, y su boca, torcida por la agonía, balbuceó:

-He defendido a Dios; creo que el otro no lo ha tocado. . ¡Oh! ¡Decidme que no lo ha tocado!

Y como para explicar todo balbuceó por dos veces:

-He hecho mi primera Comunión, yo..

El sacerdote miró las manchas de sangre que formaban un reguero desde el altar hasta la balastrada. Con su imaginación reconstituyó en un momento la lucha entre los ladrones.

El moribundo repetía: -Le he defendido lo mejor posible... Era necesario que no le cogiese... No se toca a Dios. Decidme que está ahí todavía. ¡Dios mío!

Una inmensa piedad, una admiración sin límites se apoderó del corazón del sacerdote a la vista de este ladrón, sin duda, pero cristiano fiel siempre al recuerdo de su primera Comunión. Abrió el sagrario que quedó intacto, gracias a la sangre derramada allí. Tomó el Copón, lo elevó por encima de la cabeza del mártir y Dios mismo vino atrazar sobre el agonizante la señal de su misericordia y perdón.

Comentando

## Los aldabonazos del tiempo

Los hombres somos así. No queremos ver cómo se pasa el tiempo, y a nuestra ceguera nos responde el mismo tiempo abriéndonos los ojos. Y las cosas traídas así, a la fuerza, ofenden, o cuando menos, molestan. Eso nos pasa a todos con el tiempo inexorable. Nos creemos quietecitos, siempre en el mismo día de nuestra existencia, y situamos este día precisamente en

aquel que mejores ilusiones nos depara. Por eso nos creemos eternamente jóvenes, y en nuestra juvenil inconsciencia, no vemos pasar el rápido ferrocarril del tiempo, con sus vagones de días y meses y años, y sólo cuando descarrila el vagón de cola, nos percatamos de que el tren se va a su destino, pasando estación tras estación.

En el tren de mi vida, hace unos años, pocos, descarriló el vagón de cola. A estos descarrilos, se les llama achaques de la edad. Son aldabonazos que nos despiertan a la realidad. Unas veces, son simples achaques físicos o fisiológicos; otras veces, son de carácter moral. De estos últimos fué el primero que abrió mis ojos a la triste realidad del tiempo. Yo, tengo la sana costumbre de no merendar, a no ser cuando aprovecho la merienda para merienda y para cena. Por eso, las pocas veces, que meriendo, suelo hacerlo de tenedor... y algo más. Otra cosa no me la «pide el cuerpo», y yo suelo atender a las cosas que mi cuerpo exige, pues le tengo bastante bien educado para que no me moleste con peticiones inadecuadas.

Pues bien; me encontraba accidentalmente en una cercana ciudad, donde había pasado toda la mañana y la tarde despachando determinados asuntos, y al encontrarme ya desocupado de atenciones a la caída de la tarde, pensé en matar el tiempo en atender las exigencias de mi existencia, que clamaba por que llenase la caldera de combustible, comestible y bebestible.

Y yo, que, como dejo dicho, sólo de tenedor comía, y solía hacerlo en el bar que más apetitoso me pareciera, aquel día, sin saber cómo, me encontré en confortable sofá, ante una mesa de una confitería, y respondiendo al ofrecimiento de una doméstica uniformada, pidiéndole ¡chocolate con bizcochos!... Inmediatamente, se derrumbó mi aguerrida hombría, y me consideré caduco y viejo. ¡Qué espanto! Así, de repente, naturalmente, brotó en mí la necesidad (que me pareció natural) de pedir un chocolate con bizcochos. ¿Qué demonios era esto?...

## JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

Nada disfruté de aquella merienda que me parecía un renuncio. Era, en efecto, una derrota, y no una derrota pasajera e insignificante. Tenía toda la fuerza y la significación de una acumulación de muchas toneladas de años que empezaban a pesar sobre mi existencia vencida, y cuya huella quedaría inquebrantable, para siempre, ante mis ojos, humillándome, y sosteniendo el temor de que los demás me lo conozcan. Ya soy una ruina y como tal, habrá que tratarse desde entonces. Y quiérase buscar un apuntalamiento, no a la fachada, sino al interior que empezaba a resquebrajarse. Es verdad que después todo se quedó en agua de borrajas, y que no volví a ocuparme del asunto, pero sí puedo asegurar que el recuerdo de aquella mal intencionada merienda me sirve de aguafiestas en muchas ocasiones.

Desde entonces, he reñido con los bizcochos y con el chocolate: por insultones y tal. Pero sigo tomándole de desayuno, porque no voy a romper el espejo porque me retrate de viejo.

HERO

## Materiales de CONSTRUCCION Planchas ACANALADAS de CUBRICION CARBONES

Arbués

Covadonga, 27 Teléfono 1817

## ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES  
Corrida, 81 GIJON Moros, 56

ANTIGUA FUNERARIA  
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia  
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

## VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

La

## Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)